

**Conferencia Episcopal Española
Comisión Episcopal del Clero**

**El sacerdote sanado en la misericordia de
Cristo.
*Sus heridas nos curaron***

P. Elías Royón S.J.

**Ponencia presentada en el
Encuentro de Delegados y Vicarios del Clero**

Madrid, 28 de Mayo 2008

Índice

Habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados.....	3
El cristianismo de “autorrealización”	6
“Sus heridas nos curaron...”	7
Una identidad amenazada socialmente.....	8
Un individualismo descomprometido.....	9
Identidad y reconocimiento de los otros.....	10
Identidad y pertenencia a un grupo.....	11
La pérdida de la interioridad o ¿por qué la misión nos agota tanto?.....	12
Sensibilidad sacerdotal.....	15
La soledad.....	16

El sacerdote sanado en la misericordia de Cristo.

Ante todo deseo agradecer a Don José la invitación a participar en estas Jornadas Nacionales de Delegados del Clero, y a reflexionar sobre un tema que nos afecta hoy a todos los sacerdotes, seculares y religiosos, y al que tenemos la responsabilidad eclesial de buscar respuestas pastorales.

Ayer Don Fernando nos situó, con la profundidad de análisis a la que nos tiene acostumbrados, en el mundo en que vivimos, en la sociedad en que desarrollamos nuestro ministerio, y en la cultura que nos envuelve sin a penas darnos cuenta. En medio de este mundo herido, al que hemos sido enviados a llevar la salvación, la sanación de Jesucristo estamos nosotros, sacerdotes, también heridos. Nuestro intento no es ofrecer remedios para “otros” heridos, sino en primer lugar, mirarnos a nosotros mismos, y tomar conciencia colectiva de esas heridas, analizarlas para reconocer sus efectos en nuestra vida y misión, hacer un diagnóstico de la situación ambiental y mostrar con la mayor claridad y convicción posible, cómo en Jesucristo podemos encontrar la verdadera sanación: “sus heridas nos curaron” (1 Pe 2,24).

Desde dos perspectivas podemos acercarnos al tema. Desde una perspectiva sociológica: el presbítero un hombre herido en una sociedad herida, “el sanador herido”, y buscar respuestas donde la psicología y la sociología la encuentran: “¿quién cuida de los cuidadores?” es una cuestión a la que se intenta dar una solución desde las ciencias humanas. Sin embargo, aunque no podemos dejar de lado la ayuda de los análisis y las respuestas que estas nos ofrecen hoy, nuestra aproximación al tema y sobre todo nuestra búsqueda de soluciones, se situará preferentemente en el plano teológico, que comporta la experiencia de fe. Porque el sacerdote es un hombre herido que está llamado y enviado a anunciar la salvación de Jesús, a cura y a sanar (Mc 3,13-15; 16,17-18). Jesucristo continúa sanando a través de su ministerio. No podemos olvidar en nuestro análisis esta gozosa realidad, como tampoco que nuestras propias heridas dificultan y obstaculizan en nosotros mismos, como creyentes y como ministros, la fuerza salvadora de la Buena Noticia que anunciamos. Es posible que nuestras vidas puedan situarse a distancia de esa fuente de vida que proclamamos, y asentarse en un amargo sin sentido de la propia existencia.

Habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados.

Qué pensaríamos si nos sugirieran introducir en un cuestionario para evaluar capacidades de un candidato al sacerdocio, una pregunta como ésta: *¿Es suficientemente **débil** para ser sacerdote?* y se acompañara este ítem de varios

conceptos que desgranaran y explicitaran esa debilidad. Ciertamente nos extrañaría; lo consideraríamos casi como una provocación fuera de lugar, y sin embargo, la carta a los Hebreos nos habla de que la eficacia del ministerio y del sacerdocio de Cristo están precisamente en la debilidad: “pues habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados” (Heb 2,18), “Pues no tenemos un Sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Heb 4,15). “y puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados por estar también él envuelto en flaqueza” (Heb. 5,2).

Esta “debilidad” no significa solo la experiencia de pecado, sino también la experiencia de una peculiar vulnerabilidad ante el sufrimiento humano, que el Hijo de Dios asumió en su encarnación. Reconocer los sufrimientos de su tiempo en su propio corazón, y hacer de esta experiencia un aspecto fundante de su ministerio. Esta apertura al sufrimiento da como resultado la incapacidad de asegurar nuestro propio futuro, de protegernos de cualquier adversidad, de defendernos del dolor propio y ajeno y aún de la angustia interior. Así entendida, forma parte de la vocación y de la estructura de nuestro sacerdocio; una indicación de la gratuidad con que Dios nos “llama”, del reconocimiento de la incapacidad humana ante la misión que se nos confía como sintieron los Patriarcas y los Profetas, al verse llenos de debilidades para llevarla a cabo.¹

Ya K. Rahner hace más de treinta años, escribía a este respecto, un texto que ha sido muy difundido: “el sacerdote no es un ángel, es un hombre, un miembro de la santa iglesia, un cristiano, lo mismo que vosotros. Como dice la Escritura, ha sido tomado de entre los hombres. Lo cual no es tan evidente al escucharlo; pues esto quiere decir que nosotros, los sacerdotes, somos hombres como vosotros, hombres pobres, oprimidos, débiles, pecadores...hombres de esta época precisa y no de otra...que no se diferencian de los demás, pobres, débiles, cansados, necesitados de la misericordia de Dios. A estos ha llamado Dios para que sean en vuestra comunidad servidores del altar...Cuando el obispo les impone las manos siguen siendo hombres y esta gracia que se le es conferida es la gracia de la flaqueza humana, la gracia en medio de la humana defectibilidad...”²

Ser sacerdote no significa ni puede significar que estamos libres de todo aquello que nos asemeja y nos identifica con los demás hombres en sus debilidades, como si estuviéramos llamados a tratar a los demás desde una gran altura. Dios nos ha llamado a salvar a los hombres y mujeres de nuestro mundo, y no hay salvación sin encarnación: “a pesar de su condición divina...se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos...” (Filp 2,5).

Nuestra debilidad, por lo demás, es condición para relacionarnos en profundidad con Dios, porque proporciona un ámbito donde se manifiesta su gracia, donde su presencia que nos sostiene puede revelarse, donde incluso su poder llegue a hacerse patente. La debilidad es el contexto y la condición de posibilidad para la

¹ cfr. M. Buckley, “A Letter to the Ordinands”: *The Berkeley Jesuit* (Spring 1972), p.8.

² K. Rahner, *Siervos de Cristo*. Barcelona 1970, p. 84.

epifanía del Señor, es la noche en que El aparece, no siempre como una promesa tranquilizadora, sino, la mayor parte de las veces, como un poder que nos hace seguir siendo fieles, aun cuando nos sentimos sin fuerzas, aun cuando la fidelidad signifique simplemente dar un paso más. En resumen, la experiencia de la debilidad profundiza nuestra experiencia de Dios.

Pablo vio la historia de su propia vida como una letanía de contrariedades y sufrimientos, como momentos sucesivos de debilidad, pero transformada mediante el poder de Cristo que le sostenía: "...con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte" (2 Cor 12,9-1). El presbítero descubre en momentos semejantes lo que significa su vocación; cuando el poder de Dios se hace evidente en la continuidad de su vida fiel, de una fidelidad que su debilidad parecería sólo socavar, pero que en realidad es sostenida por ella misma, ya que evoca la presencia poderosa y llena de misericordia del Señor. Por eso, debería contemplar sus debilidades con una mirada tierna y compasiva, como las mira el Señor, pues ellas no son obstáculos sino ocasiones para realizar su ministerio de sanación; pueden ser siempre fuente de humilde reconocimiento del don gratuito de la llamada y acicate para volver su mirada al corazón traspasado de Jesús que salva y sana sus heridas.

En la Exhortación Apostólica "*Pastores dabo vobis*", Juan Pablo II afirma que el presbítero "debe acrecentar y profundizar aquella sensibilidad humana que le permite comprender las necesidades y acoger los ruegos, intuir las preguntas no expresadas, compartir las esperanzas y expectativas, las alegrías y los trabajos de la vida ordinaria; ser capaz de encontrar a todos y dialogar con todos. Sobre todo conociendo y compartiendo, es decir, haciendo propia la experiencia del dolor en sus múltiples manifestaciones, desde la indigencia a la enfermedad, de la marginación a la ignorancia, a la soledad, a las pobrezas materiales y morales, el sacerdote enriquece su propia humanidad y la hace más auténtica y transparente en un creciente y apasionado amor al hombre". (PDV 72).

Y un poco después la misma Exhortación afirma: "Del sacerdote, cada vez más maduro en su sensibilidad humana, ha de decir el Pueblo de Dios algo parecido a lo que de Jesús dice la carta a los Hebreos: 'no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado' (PDV 72).³

El sacerdote es ministro de la eucaristía; cada día hace presente el cuerpo y la sangre de Cristo, pero un cuerpo partido y una sangre derramada; hace memoria de la entrega de Jesús a su pasión y a su muerte, donde se pone más de manifiesto la debilidad humana de Jesús, su pavor, su angustia, su dolor, su soledad, sintetizada en Getsemaní (Mc 14,32ss, Mt 26,16ss) y en la cruz. Es la gran paradoja de este misterio, la fuerza de nuestro sacerdocio radica precisamente donde la debilidad se manifiesta con más radicalidad.

³ Cfr La Formación humana de los sacerdotes según "*Pastores dabo vobis*", Comisión Episcopal del Clero 1994.

En realidad con esta reflexión sobre los textos de la carta a los hebreos, acabamos de señalar una de las amenazas de la modernidad a nuestras vidas de presbíteros: la dificultad para aceptar la debilidad y el reconocimiento de nuestro ser de criaturas limitadas; en definitiva, de gloriarnos, como Pablo, en nuestras flaquezas. Vivimos en la cultura del éxito, de la eficacia, de la posibilidad de realizarlo todo, del “hombre omnipotente”, donde el débil y el que no triunfa no tienen un lugar en la escala social, son despreciados, no cuentan, porque se ha aceptado el principio de que de las pasividades no puede surgir la vida y conviviendo con ellas no es posible ser feliz. De ahí el miedo a afrontar las propias heridas, el rechazo a lo que socialmente se considere como debilidad y la negación de todo sufrimiento.

El cristianismo de “autorrealización”

En nuestra sociedad, pero también en la pastoral, funcionan dos “voces mudas” que configuran un estilo de cristianismo que podríamos llamar de la “autorrealización”, que comporta un sutil deseo de “autorrealización y de felicidad” como meta de la existencia.⁴

En esta concepción de la vida que predica la postmodernidad, uno “no se recibe” de otra instancia; los fines se elaboran y se formulan desde el propio sujeto, y en la consecución de ellos, se concreta la felicidad, a la que se tiene un “derecho inalienable”, una especie de derecho humano. Así queda flotando en el ambiente el convencimiento de que el sentido de la vida humana es alcanzar la felicidad, que será diferente según los objetivos y fines que cada uno se haya propuesto, y por tanto, aquella se identifica con la autorrealización personal. Esta, en modo alguno, incluye el “descentrarse”, el “salir del propio amor, querer e interés”, la abnegación, la gratuidad... en definitiva, todo lo que pueda sonar a “cruz”.

Sin embargo, este ambiente ha penetrado, sin mucho esfuerzo, en nuestra pastoral, en las comunidades religiosas y en nuestras propias vidas, y de un modo u otro, la vida cristiana se presenta como un medio para alcanzar estos objetivos. Por supuesto que la fe cristiana promete la plenitud de la vida y el logro verdadero de la persona humana, pero lo cifra en la identificación con quién es la plenitud de la humanidad: Cristo. Además la fe nos enseña a dejarnos dictar los objetivos más profundos de la propia vida por otra Persona, que toma el señorío y las riendas de nuestra propia vida, el Señor: “*amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma...*” (Mc 12,28-34) “*Si vivimos, vivimos para el Señor...*” (Rom 14,7 ss). Los “fines”, los “para qué...” los formula el Criador y Señor de todas las cosas, que es quien en definitiva los dota de sentido y finalidad.

En este modo de concebir la existencia humana, la autorrealización y el éxito se convierten en salvación, y por consiguiente, no hay lugar para la presencia de Dios en el dolor, en el sufrimiento, en la frustración. En el fondo se expulsa la cruz de la

⁴ cfr. Gabino Uríbarri, “La vida cristiana como Vocación”, *Estudios Eclesiásticos*, 59(2001)525-545.

fe, mientras Jesús ha cifrado la plena realización del hombre en la donación, en la entrega hasta la muerte por amor, y en el cumplir no la propia voluntad sino la del Padre. Efectivamente, si el sujeto se da a sí mismo sus objetivos y sus fines, Dios no puede intervenir “pidiendo” una renuncia o el “cambio” de los propios planes, gustos, o metas. A Dios no se le permite actuar como Señor de todas las cosas y pedir, en consecuencia, la vida entera, no hay lugar para la “indiferencia”, la “disponibilidad”, ni, por tanto, para la *adoración*. Esa actitud de vida que lleva al reconocimiento de que no hay otro todopoderoso sino solo Dios, a quien se le reconoce y acepta, profunda y cordialmente. Se goza de que Dios sea Dios y eso le hace libre.

“Sus heridas nos curaron...”

Desde la psicología muchos autores apuntan que existen elementos sanadores en aceptar la limitación y la debilidad propias, sin negarlas ni vivir resentido por ellas. Pero también reconocen que hay elementos de sanación en la tradición religiosa. Incluso sus teorías se aplican a la pastoral. Suponen que sea el mismo Dios quien se vaya haciendo presente como fuente de seguridad y nos ofrezca un lugar donde aceptarnos vulnerables. Sin duda que ningún otro lugar es comparable con la experiencia de la bondad y la misericordia infinita de Dios, manifestada en Cristo Jesús. La vocación del presbítero se cimienta en esa llamada misteriosa pero real de Jesús a seguirle para colaborar con El en su obra de salvación. Pero el seguimiento de Jesús tiene que ir precedido y acompañado de la experiencia de sentirse sanado por su misericordia. No se puede dar el paso a vivir con Jesús y como Jesús, si no se ha tocado el borde de su manto y se ha sentido invadido de su fuerza sanadora. (Mt 9,21).

El Evangelio está lleno de escenas donde Jesús, sanando, se muestra como liberador del pecado del mundo. El mismo se define como el médico que ha venido a buscar no a los sanos sino a los enfermos, porque son estos los que necesitan ser curados (Mt 9,12). Se podría decir que la primera prioridad de Jesús son los enfermos, los débiles, los que sufren heridas en el cuerpo y en el espíritu. Es estremecedor el resumen que hace Marcos (Mc 1,32-34): “al atardecer, puesto ya el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados; y toda la ciudad se reunió a la puerta; Jesús curó a muchos pacientes de diversas enfermedades y echó muchos demonios”⁵

Algunas de estas escenas son iconos de las curaciones que Jesús continúa haciendo hoy de las heridas de nuestra sociedad y de nosotros sacerdotes. Así la curación de la mujer que sufría flujos de sangre desde hacía doce años (Mt. 12.20). Jesús la cura, y ataja esta hemorragia de vida, este vaciarse de ánimo e ilusión, la anemia espiritual que convierte en estériles los esfuerzos apostólicos. En Jesús encontramos, desde el humilde reconocimiento de nuestras heridas que sangran, la fuente de la vida.

⁵ Carlos M. Martini, “El ejercicio del ministerio, fuente de espiritualidad sacerdotal”, Congreso Espiritualidad sacerdotal, EDICE 1989, p. 187.

O la curación en sábado de la mujer encorvada que nos narra San Lucas (Lc 13,10), a la que sana de ese corazón curvado sobre sí mismo que le impide abrirse a la alteridad y percibir la realidad de su entorno. Imagen elocuente de situaciones no raras entre los presbíteros: curvados sobre nosotros mismos, ensimismados, preocupados sólo por las propias situaciones personales o pastorales como si en el mundo y en la Iglesia no hubiera otras angustias sino nuestros propios problemas. Curvados, ensimismados, cultivando un narcisismo estéril que nos imposibilita acoger el don misericordioso del amor de Dios y el sentirnos reconocidos y amados por los demás. Nos buscamos tanto que al final únicamente encontramos nuestro propio yo, solo, envuelto en pesimismo, crítica e incluso a veces amargura.

Después de muchos años, aquella mujer se alzó y se tropezó con unos ojos que la miraban con amor. Jesús nos cura y nos hace alzar los ojos y encontrarnos con su mirada llena de perdón y todo un mundo que amar y evangelizar.

Podríamos detenernos en la bella conversación de Jesús con la Samaritana (Jn 4.) que nos ha transmitido el evangelio de San Juan; una mujer herida, a la que Jesús sacia su sed de felicidad y la devuelve a la comunidad. Es un icono de cómo acoger nuestras propias debilidades, al contemplar la delicadeza de Jesús que va sacando de esa mujer herida lo mejor que lleva dentro, el tesoro del que es portadora. Un icono de cómo acoger a otros hermanos en el sacerdocio, de cómo es posible que brote en nosotros una fuente de agua viva que nos haga decir que ‘ya no creemos por lo que nos han dicho sino por lo que hemos visto’, por lo que hemos experimentado.⁶

Jesús no se acerca desde la condena de la mala conducta, sino mostrando su propia necesidad, “dame de beber” y ofreciéndole lo que a ella le falta para hacer verdad. Hay una invitación de Jesús a nuestro espíritu a huir de ilusiones y falsas teorías que nos alejan o disimulan nuestra realidad herida. Jesús acoge esas heridas y nos introduce en el camino de la verdad. Negarnos a ver la verdad conduce sólo a mantener nuestra ruptura interior, mientras que de la aceptación brota la unidad y la integración personal.

‘En esto has dicho la verdad’. Como presbíteros necesitamos vivir en verdad y encontrar la unidad de nuestra vida interior para acoger y descubrir a Dios presente en nuestras heridas porque de ahí brota una fuente de agua viva.

Y a la vez, cuando al volver la mirada sobre nuestro interior, reconocemos y acogemos al pobre y herido que hay en nosotros, la acogida de los “otros” se hace en verdad. De lo contrario, puede suceder que estemos buscando enfermos y pobres a los que atender, para ocultar la necesidad de la propia sanación, o de afirmarnos entre los demás como ‘sanadores’.

Una identidad amenazada socialmente

⁶ Jean Vanier, *La fuente de las lágrimas*, Sal Terrae 2004, pp 75ss.

No es ninguna novedad afirmar que en los años siguientes al Concilio una de las frases más usadas para describir la situación de los presbíteros era “la crisis de identidad del sacerdote”. La crisis no era simplemente teológica, sino también existencial. Con el tiempo, la teología de la *Prebyterorum ordinis* ha sido profundizada y diversos documentos del Magisterio han ayudado a que esta formulación doctrinal esté en la actualidad bien adquirida.

Sin embargo, el problema que se plantea todavía hoy, como una herida compartida por muchos en nuestra sociedad, es el de “la identificación con la propia identidad”. Se ha dicho que uno se hace sacramentalmente presbítero por la ordenación, pero sólo la vida y el trabajo pastoral le va haciendo existencialmente presbítero. Es decir la integración de todas las dimensiones de la persona en torno a la vocación y a la misión es una tarea larga, progresiva en la que no faltan retrocesos y dificultades. La identidad como la madurez no son realidades estáticas, sino procesos dinámicos que comportan una continua tensión entre las características nucleares de la identidad y el contexto social en que se mueve la persona. Esto significa que ese núcleo personal se logra sólo a través de sucesivas síntesis realizadas a lo largo de la vida.

Una de las dificultades mayores, especialmente para los sacerdotes jóvenes, para forjar y vivir la identidad sacerdotal es la incorporación al propio yo de sensibilidades o culturas diversas que cuentan con una gran aceptación social, incluso en la comunidad cristiana, pero que contradicen en muchos de sus elementos la sensibilidad cristiana. Hay un verdadero choque de sensibilidades y de culturas; es frecuente pertenecer y sentirse interiormente habitado por ambas, y sin que ello suponga ningún desgarró especial, se pasa de una a otra con extrema facilidad.

Cuando esto sucede, la identidad sacerdotal se aleja mucho de ser humana y espiritualmente madura y cae en una destructiva difusión, que afecta a uno de sus elementos principales, cual es el de la *fidelidad*; es decir, la capacidad de mantener lealtades elegidas con libertad a pesar de las contradicciones y dificultades inevitables de las opciones tomadas. Es muy posible que todos Vds. tengan experiencia de haber tenido que gestionar procesos de abandono del ministerio, y habrán constatado con tristeza y no poca sorpresa, la facilidad, incluso frivolidad, con que no pocos se ha desembarazado del ministerio o de los votos; como quienes se desprenden de algo que era un añadido, en modo alguno como algo que era carne y sangre propia.

Un individualismo descomprometido

La toma de decisiones que conducen a un compromiso con una visión global de la realidad, como el sacerdocio o la vida religiosa, es un signo de caminar hacia una identidad madura. Pero con frecuencia estas opciones son sólo aparentemente profundas, no llegan a un verdadero compromiso que en fidelidad supere las dificultades, los contratiempos, los fracasos propios del ministerio.

Esta herida manifestada la dificultad que existe en la cultura postmoderna para todo lo que implique vinculación o compromiso y que afecta evidentemente a los compromisos en el ministerio y en la vida consagrada.⁷

Comprometerse significa vincularse, entrar en relación y comunicación con personas, con ideas o proyectos determinados, algo que se contrapone, por consiguiente al aislamiento, la desunión, o el narcisismo. Poseer capacidad de comprometerse supone, pues, disponer de una aptitud para abrirse a la alteridad y superar el individualismo. Pero nuestra época está caracterizada precisamente por una especie de glorificación de la individualidad, hasta tal punto de que el valor supremo no es lo que nos supera sino lo que encontramos en nosotros mismos. Esto significa que vivimos una especie de dificultad para la apertura al otro, para la relación y en consecuencia para el vínculo y el compromiso. Es cierto, que el individualismo, en cuanto afirmación del individuo, de la persona humana por lo que ella es, ha supuesto una gran conquista de la humanidad, pero al mismo tiempo el mito de la autonomía personal conduce fácilmente a la concepción de la libertad como la liberación de cualquier tipo de influencia ajena, es decir como un estar desligado y desvinculado. Asistimos a una exaltación del individualismo, de su independencia y autonomía, lo cual hace evidente las dificultades para establecer una elección, una decisión personal que entrañe un compromiso fuerte que aspire a mantenerse con carácter definitivo. Se sobreentiende que los compromisos se mantendrán mientras nos sintamos cómodos en ellos, pero ni un momento más.

Resulta enormemente significativo a este respecto, fenómenos como los llamados “separaciones por nada”. Es decir, separaciones que se llevan a cabo no por razones de peso, como una incompatibilidad, un conflicto de celos o infidelidad, etc. No. Nada de esto, la separación se lleva a cabo por que sí; por nada en concreto. En lo profundo, por la incapacidad de sostener un compromiso con otra persona. Pero desgraciadamente, algo parecido está sucediendo también en el ministerio y en la vida consagrada.

La realidad nos está mostrando que en nuestra sociedad existe un terrible encadenado de la exaltación de lo individual con la multiplicación prodigiosa de las posibilidades de elegir, *internet* es un ejemplo de ello, y la reducción drástica de las capacidades de vincularse. Se nos invita a disfrutarlo todo sin renunciar a nada. La utopía actual es la de la renuncia a la renuncia. Los efectos ciertamente son catastróficos, afectando a las mismas relaciones humanas que se configuran cada vez más, evitando cualquier compromiso personal, cuando por el contrario la madurez del individuo sigue el camino de la vinculación y de la responsabilidad con sus lealtades que le vinculan con los otros, y le incorporan a grupos más amplios de pertenencia.

Identidad y reconocimiento de los otros.

⁷ cfr. Sigo en este apartado a Carlos Domínguez, “El sujeto que ha de elegir hoy”, en *Manresa*, 73(2001)145-160.

La identidad se refiere también al ser reconocidos y afirmados por los otros como tales. Este aspecto tiene bastante relevancia en la vida del presbítero en nuestro tiempo, ya que cada vez que uno se pregunta y duda de su valor y su rol, y por el reconocimiento del entorno social en que vive, es muy probable que surja un sentimiento agudizado de autoconsciencia y se inicie un deseo escondido de revisar y reformular la propia identidad.⁸

Es evidente la devaluación social de la función del sacerdote, y esto no sólo en la sociedad en general, sino en las mismas comunidades cristianas. Es igualmente patente cómo influye este fenómeno en la identidad de los sacerdotes, cuando sentimos el desfase entre la bella imagen teológica del presbítero y la pobre imagen sociológica que captamos en la sociedad y a veces en nosotros mismos; no son simplemente diferentes, sino que en muchos rasgos, llegan a ser contrapuestas; aquella nos valoriza, esta nos puede abatir. Es un hecho, pues, que en nuestra sociedad la imagen social del presbítero se ha devaluado hasta cotas insospechadas hace relativamente pocas décadas.

Paralelamente padecemos un desajuste entre la oferta y la demanda de lo religioso. Es sin duda, una de las heridas que más hondo se clava en el corazón del presbítero. La oferta de la fe en el Dios de Jesucristo y su Buena Noticia que es el servicio central de nuestro ministerio, son hoy débilmente estimadas; lo que da sentido a nuestra propia vida, lo que creemos con convicción que es fuente de vida y felicidad para el hombre, es a penas apreciado y con frecuencia desvalorizado hasta considerarlo inútil y anacrónico. Todo ello puede socavar nuestra autoestima como presbíteros hiriendo la propia identidad, lo cual si no es debidamente ayudado puede generar estados anímicos como la tristeza y el escepticismo que provocan la desgana y el desinterés por el ejercicio del ministerio.

Por otra parte, la incorporación de los laicos a la acción pastoral ha hecho que el presbítero haya dejado de ser el protagonista casi único de la evangelización. Es sin duda una gracia y un don del Espíritu esta presencia activa y responsable de los laicos como partícipes, por derecho propio, de la construcción de la comunidad eclesial. Y así es aceptado en general, pero hemos de reconocer que en una parte del clero está suponiendo una dificultad esta emergencia del laicado bien preparado, que no se contenta ya con ser simplemente auxiliares o meros ejecutores de lo mandado por quienes piensan ser los únicos responsable de la comunidad. Esta situación en algunos sacerdotes puede socavar la estima personal y el sentido de sus funciones ministeriales.⁹

Identidad y pertenencia a un grupo

Otro ingrediente de la identidad madura es la pertenencia de los individuos a grupos de referencia. Es obvio que nosotros sacerdotes pertenecemos también

⁸ Pilar Martínez, José M. Fernández Martos, La formación de la identidad, Sal Terrae, 242 (2000)448.

⁹ Para estos párrafos hemos seguido los análisis que hace Juan María Uriarte en: Ministerio presbiteral y espiritualidad, San Sebastián 1999, pp.18 ss. Y en "Madurar como personas para servir como pastores" en: Presbyterium, 19 bis, 2007.

sociológicamente a un grupo, la Iglesia, el presbiterio, la diócesis, una congregación religiosa, y que ese grupo es fuertemente nuestro “grupo de referencia”. Sin embargo, en una cultura en que la mayoría ve siempre como deseable un cambio vital, no resulta tan obvio, sino al contrario difícil, mantener una identidad social estable y una pertenencia firme. Y aquí no me refiero a los abandonos del ministerio, sino al debilitamiento de esa fidelidad diaria y gozosa, a veces obscura pero que alimenta la vida y el ministerio del presbítero, a esa pertenencia responsable que siente como propios los gozos y los sufrimientos de la Iglesia universal, de la Iglesia local, de su presbiterio, es decir, su “grupo de referencia”.

La Psicología ha podido constatar que cuanto más posibilidad de dar prestigio tiene un grupo, más probable es que sus miembros se vinculen a él y de él reciban su identidad social.¹⁰ Ahora bien, según hemos sugerido antes, en algunos de nuestros contextos sociales el prestigio de la Iglesia está en entredicho. En una sociedad secularizada no comporta prestigio el dar el nombre a un grupo cuya presencia social es indiferente para muchos. De esta constatación surgen una serie de cuestiones que tal vez no siempre se plantean con claridad: ¿No estará socavando este ambiente, de un modo más menos inconsciente, nuestro sentido de pertenencia como presbíteros a la Iglesia, o a sus realidades más cercanas, como nuestra diócesis, presbiterio o congregación religiosa? ¿No estará sucediendo que otros grupos u otras pertenencias pasen a ser más importantes, más significativas y por tanto más normativas o rectoras de nuestras vidas? No son estas las únicas causas posibles de la desafección eclesial que existe en algunos ambientes. En ellos el amor a la Iglesia y el sentido de pertenencia a ella, está dejando de ser entrañable. La relación con los Pastores, con los Obispos se convierte en una relación funcional, administrativa, que favorece a su vez, un distanciamiento interior e incluso público y social de la misma Iglesia. Se perciben, más bien, perteneciendo afectivamente a este o aquel “grupo”, compartiendo sus análisis, sus proyectos e, incluso, en algunos grupos, sus críticas a la Iglesia, a la que se comienza a llamar “la Iglesia oficial”.

Como presbíteros, para la gente somos quienes visibilizan públicamente a la Iglesia; es decir somos para ellos como reflejos de la imagen que de la Iglesia tiene la sociedad. Una imagen que comparten en ocasiones miembros de nuestras comunidades cristianas e incluso un número no pequeño de presbíteros que participan de las críticas y apreciaciones que los Medios de Comunicación Social difunden, no raramente tan fuera de la verdad.

Hemos de reconocer que vivir en esta tensión produce un desgaste muy fuerte en muchos presbíteros, de modo particular a aquellos que siente fuertemente la necesidad pastoral de dialogar con esta sociedad y con esa cultura en un intento de no cortar todos los puentes y encerrarnos en nuestras propias defensas.

La pérdida de la interioridad o ¿por qué la misión nos agota tanto?

¹⁰ Cfr Luis López-Yarto, “A la búsqueda de la propia identidad” en: Cuadernos de formación permanente, Madrid 1999, pp.9-25.

El equilibrio entre la interioridad y la exterioridad, entre la contemplación y la acción ha sido siempre una condición básica para la madurez humana y espiritual. Más aún, no ya el equilibrio sino la integración de acción y contemplación es el ideal de un camino espiritual del hombre y la mujer apostólicos.

La vida del presbítero está llena de interioridad y de exterioridad, de acción y de deseos de contemplación, pero el camino para llegar a integrarlas es delicado, y de modo particular hoy. Es posible que en una minoría de presbíteros y religiosos esta armonía se rompa por una interioridad desenfocada que acaba en intimismo, sin embargo con más frecuencia la descompensación viene por la falta de esa interioridad.

Por lo general, la actividad del sacerdote como la del religioso está comenzando a ser preocupante. La actividad pastoral llega a ser desmesurada; en consonancia con el modo de vivir de muchos de nuestros contemporáneos. Pero en consonancia también con ellos frecuentemente estamos cansados e incluso con sensación de agotamiento. El P. Kolvenbach se preguntaba en una conferencia ¿por qué la misión nos desgasta tanto? ¿cómo estamos viviendo que nos agotamos y nos quemamos tanto en nuestro esfuerzo por hacer el bien? La respuesta a estas preguntas nos sitúa en el corazón mismo del modo cómo estamos viviendo la caridad pastoral.

11

Es evidente que el cambio demográfico que padecemos en la Iglesia de occidente, explica mucho del cansancio, pues hacemos el mismo o más trabajo entre menos personas o personas más envejecidas y, por tanto con menos fuerzas. Pero hemos de reconocer que no lo explica todo. Además ya no vivimos en un mundo natural, gobernados por los ciclos de la naturaleza. Nuestros ritmos de trabajo son bastante artificiales. Deberíamos imponernos una tarea de ascesis, que consistiera más que en poner o hacer ejercicios ascéticos especiales, en discernir, elegir, y priorizar tareas para recuperar en nuestro trabajo dimensiones humanas.

Otro cansancio propio de nuestra época es la saturación, que tiene que ver con el exceso de estímulos y sollicitaciones y la poca capacidad de filtro que mostramos. Así, parece que queremos vivir más relaciones, más actividades y más experiencias de las que caben en una vida. Las nuevas tecnologías, el contestador automático, el teléfono móvil, el ordenador, el correo electrónico, los nuevos medios de transporte, las técnicas de marketing, la televisión, Internet, son magníficas ayudas para llevar adelante nuestros trabajos pastorales, pero también son una carga impensable hace sólo veinte años. Ya no estamos referidos a un lugar, podemos vivir con la fantasía de la ubicuidad, estar en todas partes y localizados en cualquier momento. Tal cantidad de estímulos día tras día acaba saturando. De nuevo la ascesis aquí consiste en un ejercicio de la libertad, del discernimiento orante y del elegir, reduciendo la sobreestimulación, diciendo concretos síes y noes.

¹¹ Para este apartado cfr Juan Ant. Guerrero, "Hacia una nueva ascética" en: Hacia una espiritualidad para nuestro tiempo, San Sebastián 2007, pp.87-123.

Por supuesto que un cierto cansancio forma parte de la felicidad de la vida del presbítero. El cansancio, pero no el estrés. Imagino con facilidad a S. Francisco Javier cansado y feliz, pero no harto de todo. Sin embargo, en nuestro tiempo hay demasiada gente –también presbíteros y religiosos– que llega a fin de curso o al fin de semana cansada, con cierta amargura y desazón. No cansados y contentos, sino agotados y hartos. Y no parece que sea tanto por el exceso de tarea cuanto por el déficit de sentido en lo que hacen. Se habla también de un *cansancio abstracto* que no es consecuencia de esfuerzos particulares, porque surge del simple hecho de vivir; un cansancio “que sería equivocado combatir a base de descanso”. Este cansancio no depende de la cantidad de actividad sino de otra cosa. Y es que, en este sinsentido global sentimos la necesidad, como sucede a nuestros contemporáneos, al menos, de *sentirnos* ante nosotros mismos y ante los demás, útiles, eficaces, e importantes, y acabamos en un *activismo* poco fecundo pero que cansa. Parece que se impone preguntarnos si, en verdad, es trabajo excesivo o más bien “paro encubierto”, si está inspirado por la caridad pastoral o es el fruto de nuestros caprichos bajo apariencia de celo pastoral. Lo que ciertamente consigue es dificultar los espacios interiores que hacen posible el cultivo de la interioridad y facilitan la unificación de la persona del presbítero.

Todas estas razones pueden hacer cundir el desánimo y hacer que la misión se realice como teniendo que andar en el fango o en un barrizal, que es agotador. Sin embargo, también se pueden descubrir oportunidades en esta situación. Se puede ver como una invitación para vivir más de lo esencial, de Jesús y del Evangelio, en otras palabras, vivir el contenido esencial de la caridad pastoral, que no es solo aquello que hacemos sino la total donación de sí a la Iglesia compartiendo el don de Cristo y a su imagen (PDV 23).

Otra ascesis para hacer frente a la pérdida de interioridad y a la dispersión en la misión, es la educación de nuestros sentidos. Nosotros nos relacionamos con la realidad a través de nuestros sentidos. Son importantes para la vida espiritual y solemos darles poca importancia. La publicidad que nos bombardea y estimula nuestros deseos, conoce la importancia de la sensibilidad, nos educa los sentidos y nos enseña a desear. Podemos hacer mucha oración, reflexionar mucho, leer magníficos libros... pero si no evangelizamos nuestra sensibilidad avanzamos poco. No basta con la conversión de la mente y las ideas. Hay que ir descendiendo a la conversión de los hábitos, de los modos de pensar, de valorar, de desear, hasta la conversión de la sensibilidad. Para ello es necesario mirar mucho y amorosamente al Jesús del Evangelio, y desear identificarse con él, para que su sensibilidad eduque la nuestra y elaboremos respuestas ‘cristianas’. La realidad nos entra por los sentidos y éstos están habituados a seleccionar automáticamente aquello que nos interesa. Hay muchas realidades que “no vemos”, que “no oímos”, que “no nos gustan”, que “no nos huelen bien” o que “no nos tocan” y a las que no prestamos atención porque nuestros sentidos no están abiertos a ellas. Otras, en cambio, sí “vemos”, “oímos”, “nos gustan”, “nos huelen bien” y “nos tocan”. Lo evangélico ha de pertenecer a éste segundo grupo. Lo que acabamos amando y nos acaba organizando la vida es lo que

deseamos con el corazón y lo que aceptan nuestros sentidos. Ahí está la respuesta a un influjo más de nuestro mundo: la importancia de la educación de la sensibilidad y del deseo. Lo evangélico tiene que ‘gustarme’ de verdad, pues al final es la sensibilidad la que elige.

Sensibilidad sacerdotal.

Es el momento de hablar, aunque solo sea brevemente, de esa “sensibilidad sacerdotal” que se fundamenta en la ordenación sacramental, y que es signo de que el ordenado se va haciendo existencialmente sacerdote. Hay ciertamente un vínculo profundo entre el ministerio y la vida, pero se requiere tiempo y la actuación libre y dócil del presbítero que acoja la gracia que le impulsa a vivir participando de la misma caridad pastoral de Jesucristo. Por tanto, existe el riesgo de que quede frustrado este dinamismo del Espíritu.

Se trata de un proceso en el que se va trascendiendo la mera funcionalidad ministerial, incluso vivida con entusiasmo juvenil, y superando la perenne tentación de vivir el sacerdocio como una “profesión”, aunque se realice con dedicación ejemplar. En tal situación el presbítero está lejos de vivirse como respuesta a esa “llamada misteriosa” que da sentido, unifica y conduce toda su existencia, cualquiera sea la tarea pastoral y las circunstancias en que la desarrolla.

Vivimos en una “cultura sin vocaciones”, o al menos con un enorme déficit vocacional. No sólo porque escasean las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, sino porque escasean las vocaciones sin más: también al matrimonio, también a la medicina, a la política, al servicio público...Estaríamos en una cultura de muchas profesiones sin vocación, es decir, con un componente muy pequeño o nulo de “llamada”... Existen personas que han adquirido ciertos conocimientos y competencias aptos para conseguir determinados objetivos útiles y prácticos, y eso es lo único que la sociedad les pide, del resto no se interesa. Tales competencias ni interfieren ni anidan en el núcleo de la persona, sólo afectan a ciertos aspectos de la persona del profesional y en determinados momentos de su vida. Difícilmente le unifica, e incluso, con frecuencia, ni les da sentido, ya que, en la mayor parte de las veces, se reduce a un *modus vivendi*, o una simple fuente de ingresos.

En cambio, la “vocación” tiene un fuerte componente de “llamada” que emplaza a la persona a una forma concreta de vida como respuesta. Así cuando la “vocación” se va integrando en el presbítero afecta, “toca” existencialmente a su persona y ésta se vive como empapada, trascendida por el Espíritu que le llamó y le concedió el don para ejercer el ministerio en nombre de Cristo, Cabeza y Mediador. (cfr PO 2). Se apodera de su sensibilidad, queda afectado su modo de ser y estar, su manera de actuar, sus intereses, sus afectos, sus gustos...(la razón, el deseo, las pulsiones, los ideales); en una palabra, configura toda su vida con Cristo sacerdote (PO 2) y desde ahí concibe su plenitud y su felicidad. No es posible entenderse sino como sacerdote, esté donde se esté, se haga lo que haga, sea cual sea la situación vital

en que se encuentre, en gozo o en tristeza, en éxito o en debilidad. Jesucristo le va seduciendo y el presbítero se deja seducir: “*Vivo yo, ya no yo, es Cristo quién vive en mí*” (Gal 2,20). Son pues todas las facetas de la vida del presbítero las que se deben ir orientando hacia esa “figura” y “forma” del Padre que es Jesucristo Sacerdote, el único Mediador. Este es el ideal al que somos llamados: hacer vida la íntima relación entre “representar sacramentalmente a Cristo” e ir existencialmente “transformándose en Cristo.”¹²

La soledad

Quizás sea la soledad la herida que con más fuerza sentimos los sacerdotes y los religiosos; también la que los demás nos atribuyen más frecuentemente; pero es necesario comenzar preguntándonos si en verdad se trata de una herida que tiene su origen en nuestra condición de célibes, o la compartimos con los demás seres humanos.

Vivimos en una sociedad en que la soledad se ha convertido en una de las heridas humanas más dolorosas. Una creciente competencia y rivalidad envuelve las vidas de tanta gente y crea un fuerte sentimiento de aislamiento. Pero la soledad es ante todo una realidad profundamente humana, que nos revela un vacío interior que puede ser destructivo cuando se le comprende mal, pero lleno de promesas para el que sabe llenarlo de sentido.

Asistimos con frecuencia al afán con que tantos hombres y mujeres de nuestra sociedad desarrollada se esfuerzan por escapar de la soledad. Se está tentado de llenar este vacío con variedad de cosas: comida, bebida, sexo, diversión, poder o trabajo. Pero el vacío sigue ahí. Se crean expectativas de “curar” la soledad, pero nunca son satisfechas plenamente, llevando a la frustración e incluso a la amargura. No se puede llenar ni siquiera con la presencia de otras personas. Muchos matrimonios fracasan porque ninguno de los dos ha sido capaz de llenar la esperanza, a menudo escondida, de que el otro pudiera arrancarlo, o arrancarla, de su soledad. Igualmente no pocos célibes viven con el sueño ingenuo de que su soledad desaparecería en la intimidad del matrimonio.

A veces nosotros mismos parece que hacemos todo lo posible por evitar la dolorosa confrontación con nuestra soledad, cuando es posible que el reconocimiento de la propia soledad sea un hecho fundamental en nuestra existencia. Cuando el presbítero con falsas ilusiones huye de la soledad y busca llenar el hueco que siente en su interior, solo consigue que el dolor del corazón se acrecienta, impidiendo a la vez vivirla como fuente de interioridad y comprensión humana. En cambio, si el sufrimiento es aceptado y comprendido, el sacerdote puede convertirse en un servidor que cura desde sus propias heridas, haciendo comprender que nada ni nadie puede llenar la expectativa humana de absoluto, sino solo Dios.¹³

¹² E. Royón, *Oración y experiencia de Dios en la vida del sacerdote*, Congreso Espiritualidad sacerdotal, EDICE 1989, p. 376.

¹³ Henri J.M.Nouwen, *El sanador herido*, Madrid 2000, 101 ss.

Por eso, nuestra soledad no debe ser simplemente soportada. Así recuerda la Exhortación “*Pastores dabo vobis*”: “La capacidad de mantener una soledad positiva es condición indispensable para el crecimiento de la vida interior. Se trata de una soledad llena de la presencia del Señor, que nos pone en contacto con el Padre a la luz del Espíritu” (PDV 74). Hay que vivirla como un acceso a la soledad de Cristo en su muerte, que asume todas las soledades humanas y las transforma: “Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado” (Mt 27,46). Si tomamos sobre nosotros la cruz de la soledad y caminamos con ella se revelará que la percepción moderna del yo no es verdadera. La verdad más honda del hombre es que no estamos solos: en lo más profundo de nuestro ser está Dios, cuyo amor sacia la soledad y nos abre a la donación a los demás. Si logramos entrar en este desierto y encontrar allí a Dios, seremos libres para amar gratuitamente, libremente, sin dominio ni manipulación.¹⁴

Entrar en el desierto de la soledad, tocar la “ley de la cruz” nos revuelve y nos perturba, pero sólo ahí somos liberados del pecado, sólo ahí nuestras heridas son curadas, porque ahí nos situamos en el meollo del misterio pascual, en el misterio de un Dios muerto y resucitado, clave de la existencia humana y clave del misterio de nuestra vocación sacerdotal. Compartimos las pruebas de este inicio de siglo con muchos hermanos de nuestras comunidades, pero hay que vivirlas, “de pie junto a la cruz” (Jn 19,25), mirando al crucificado, mirando al que traspasaron para que nos inunde la sangre y el agua que brota de la herida de su corazón (cfr Jn 19,33), de esa herida de amor, la que sana al mirarla como la serpiente de bronce en el desierto (Jn 3,14; 12,32). Y mirando saciarse de la belleza del rostro de Cristo crucificado y glorioso, hasta sentir pleno nuestro corazón sacerdotal. Y entonces podremos repetir, como Pedro en la transfiguración: *Señor, que bien se está aquí!*, (Mt 17,4). Así desaparecerá la tristeza y la pesadumbre de nuestros ojos, será posible entender las Escrituras y arder de alegría nuestros corazones y enviados, proclamar a todas las gentes: es verdad, el Señor ha resucitado y le hemos conocido en el partir del pan. (Lc 24,35).

¹⁴ T. Radcliffe, *El manantial de la esperanza*, Salamanca 1998, 212.